

Fecha: 2014

Fuente: No publicado

Título: La erosión continúa

Afirma Ignacio Vicens que una de las constantes de la Iglesia católica a lo largo de la historia ha sido la promoción del arte. Del arte de vanguardia, independientemente de la época. Un repaso de nombres confirma esta voluntad renovadora. Brevemente podríamos citar a Miguel Ángel, Vignola, o Bernini. Si nos referimos a ejemplos más recientes y cercanos, en la España de mediados del siglo veinte la Iglesia desarrolló una extraordinaria labor en la difusión del arte y la arquitectura. La revista *Arte Religioso Actual*, dirigida por el padre Aguilar, contó con contribuciones de algunos de los más destacados artistas del momento. Joaquín Vaquero Turcios, Joaquín García Donaire, Lucio Muñoz o José Luis Sánchez son solo algunos de los muchos que contribuyeron al debate sobre la nueva imagen de la fe católica. El altar y el lugar de los fieles, la iglesia y el arte o la cuestión de las imágenes fueron temas abordados por los mejores arquitectos, como Vázquez Molezún o el profesor Fernández Alba. Fruto de esta labor de investigación fue la construcción de las nuevas parroquias de Vitoria, realizadas por Sáenz de Oiza y Laorga, Carvajal y García de Paredes, y Miguel Fisac, a finales de los cincuenta.

Tras Stella Maris, el impulso renovador continuó en Málaga gracias a jóvenes arquitectos, muchos titulados en Madrid y discípulos de los maestros mencionados. En la barriada de Miraflores José Luis Esteve construyó la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, planteada inicialmente con una planta circular, resultado de la interpretación de la liturgia tras el Concilio Vaticano II. Años antes, Antonio García Garrido concluyó la Parroquia Santa Rosa de Lima. En ella contó con la colaboración de Eugenio Chicano y Reed Armstrong.

Esta vanguardia arquitectónica y artística no se limitó sin embargo al ámbito religioso. Hoteles, edificios de viviendas, chalets y edificios públicos mostraban la libertad formal de la modernidad. Especialmente significativo resulta el caso de Torremolinos. Antonio Lamela, Rafael de la Hoz, Gerardo Olivares, Luis Gutiérrez Soto, Carlos Verdú y César Olano, Ruiz de la Prada y José Carlos Álvarez de Toledo, entre otros muchos, construyeron edificios que situaron al entonces barrio de Málaga en una posición acorde con los acontecimientos sociales que en él estaban ocurriendo. En *La isla*, Juan Goytisolo lo describió como un país aparte, aislado de las convenciones y de la moral impuestas por la dictadura.

A esa *isla* llegaron en los setenta varios discípulos de Antonio Fernández Alba. El *profesor* es seguramente uno de los más destacados intelectuales de la segunda mitad del siglo XX. En sus clases reclamaba a los futuros arquitectos compromiso con la sociedad. Compromiso más allá de una pura relación mercantil. Actitud que caló en muchos de sus seguidores, a los que les recordaba con acidez que pertenecían a una *dulce burguesía*. Uno de ellos fue Francisco Peñalosa. Otro fue Juan Cachón, llegado de Madrid tras ganar el concurso para realizar la barriada de Carretera de Cádiz.

Arquitecto de talento, pintor, crítico, Cachón interiorizó esa vocación social en la que insistía Fernández Alba: numerosos han sido los proyectos que ha desarrollado altruistamente. Uno de ellos es la parroquia Madre del Buen Consejo de Torremolinos, de la que supervisó su construcción hasta su consagración en 1974. El edificio se sitúa en el centro del pueblo, muy cercano a *La Nogalera*. De muros blancos, su interior muestra lo que Fernández Alba denominó *valor simbólico*. Ésta y otras cualidades del edificio han quedado tristemente desfiguradas por una reciente ¿reforma?, que confirma la poca estima que las autoridades eclesiásticas y seculares tienen hacia el patrimonio *moderno*.

Hace casi una década que Teodoro León Gross defendió el valor *turístico* de Torremolinos en “Santiponce Gran Hotel”. En aquel Torremolinos, símbolo mundial en palabras de León Gross, una arquitectura de vanguardia se convirtió en el telón de fondo de una *ciudad de colores en un país gris*. Las elegantes estrellas que tomaban el aperitivo hace tiempo que dejaron de venir. Con ellas se fue toda consideración hacia aquellos escenarios, sólo visibles entonces en zonas de Madrid y Barcelona. En lugar de poner en valor sus cualidades específicas, la ciudad y sus distintas corporaciones han preferido ocultar su *modernidad* tras una pátina folclórica de esperpénticos “monumentos al turista” y hornacinas neovernáculas. Como en “La Isla”, el tiempo corre aprisa y la erosión continúa.